

2º Directores que disponen la *mise en scène* y el orden de los cuadros que han de representarse; estos directores son la Iglesia católica, la francmasonería, y hasta cierto punto, el partido socialista.

Y 3º La «claque»; una «claque» bien organizada, numerosa, alborotadora cuando se juzgue necesario que lo sea: la prensa.

Examinemos uno después de otro estos tres resortes, con ayuda de los cuales se hace mover la opinión pública.

Cuando el candidato a diputado ha encontrado dos o tres comanditarios de importancia que satisfagan, por lo menos en parte, los gastos de la elección; cuando ha agrupado en torno suyo un comité de abastecedores, cafeteros, funcionarios y demás agentes electorales que le aseguran la elección y el acta a cambio de expendedurías de tabaco, de lonjas, de ascensos, etc.; cuando, en suma, ha reunido en torno de él todo un sindicato de intereses locales cuya suerte está fuertemente ligada al éxito de su elección, entonces es cuando piensa en la masa de electores neutrales, de política no definida, que constituyen un gran número y que, por lo mismo, considera de extrema necesidad el atraerlos.

Para esto el candidato elabora un *programa*.

Todo buen francés espera siempre del Estado la mejora de su suerte. Precísase, por consiguiente, hacer a cada uno promesas de conformidad con sus intereses y deseos.

Desgraciadamente, todos no tienen las mismas aspiraciones. Cada clase social tiene las suyas, opuestas las más de las veces a las de la clase vecina. Teóricos ingeniosísimos, intelectuales avisados y sutiles (Jaurés, León Burgeois, Méline, Barrés, etcétera), se esfuerzan en formular lo más exactamente posible el ideal de cada una de ellas.

Cuando se trata de obreros de la

gran industria, que jamás en el régimen social de hoy podrán poseer las enormes y costosas máquinas de que se sirven para trabajar, y que se sienten desposeídos para siempre de los instrumentos de trabajo, se les predica, naturalmente, la socialización de los medios de producción y de cambio, la comunidad de los objetos de consumo, la supresión del salario, la conquista de los poderes públicos, etc., predicaciones éstas que forman e integran el *Programa socialista*.

Quando hay necesidad de dirigirse a los pequeños propietarios del campo, fuertemente pegados al pedazo de terreno que han adquirido a fuerza de privaciones, que no quieren oír nada de socialización, pero que, pobres y estrujados por los usureros, aborrecen y odian al gran propietario que los explota, al cura que los espía y al oficial que los lleva al cuartel, adonde van de mala gana, entonces se les prometerá la inviolabilidad de la propiedad, el impuesto sobre las riquezas, las milicias defensivas, el anticlericalismo y todo, en fin, lo que compone el *Programa radical o radical-socialista*.

Al dirigirse a los burgueses de las ciudades, comerciantes enriquecidos, pequeños industriales o rentistas, a quienes inquietan las tendencias igualitarias; que sienten la necesidad de un gobierno enérgico que les proteja contra el avance de los obreros y de los campesinos; que se creen casi todos «clase directora»; que sueñan con colocar a sus hijos y a sus yernos en las oficinas del Estado, y que detestan, naturalmente, a la alta burguesía conservadora, a los nobles que, durante tanto tiempo, acapararon todas las plazas en la administración, en el ejército y en la magistratura, es necesario prometerles una República protectora de los bienes adquiridos, pero laica y anticlerical; se les ofrecerá el *Programa progresista*.

Existen, por último, la nobleza y la alta burguesía reaccionaria, las que han gobernado en los regímenes precedentes de acuerdo con la Iglesia. Expulsadas de las altas funciones, se